

Victrolas, altoparlantes y bocinas

D. M.

Por EDUARDO DE ACHA

Un momento de silencio pa-
ra leeros la Ley. Hela aquí:
"Queda prohibido el funcio-
namiento de dichos instrumen-
tos o aparatos y equipos so-
noros fijos o circulantes, den-
tro de las horas comprendidas
desde las doce de la noche
hasta las nueve de la mañana,
salvo que se trate de clubes,
sociedades, centros de diver-
siones y en general en cual-
quier lugar donde no se moleste
al vecindario". Es el regla-
mento, básico, número 869 de
7 de marzo de 1949. Seguid
atentos, leed: "Y una vez he-
cha le regulación, se sellará
y estampará el cuño del Mi-
nisterio de Gobernación, que
estará a cargo del Delegado
del Ministerio. Si se compro-
bare la rotura del cuño, se
procederá inmediatamente a
suspender el funcionamiento
del instrumento o aparato y
no se autorizará el funciona-
miento de ningún otro equipo
en dicho local o estableci-
miento". Es una Resolución 398
de 18 de mayo de 1950 del se-
ñor Ministro de Gobernación.
Todavía atentos, por favor:
"Prohibir que los vehículos de
cualquier clase equipados con
altoparlantes o bocinas que
funcionen durante el tiempo
que transiten por la ciudad de
La Habana, y por las zonas
urbanizadas en las demás lo-
calidades del interior de la
república". Es la Resolución
957 de 20 de octubre de 1950
del señor Ministro de Gober-
nación.

Hay, también, la transmi-
sión regulada de los juegos
de base ball (Resolución 1397
de 13 de octubre de 1954) y to-
das las demás resoluciones del
propio señor Ministro de Go-
bernación cancelando y regi-
mentando los permisos para
la instalación de victrolas u
ortofónicas, todas con el es-
tribillo de: "previa la inspec-
ción y regulación del volu-
men de su tono". Ved algunas:
701 de 16 de junio, 818 de 14 de
julio y 1582 de 2 de diciem-
bre de 1954, 728 de 13 de ju-
nio de 1955 y 580 de 19 de ju-
nio y 1420 de 5 de diciembre
de 1956.

¿Será preciso que se diga
aquí que dicha reglamenta-
ción es violada en forma "es-
candalosa"? ¿Quién no sabe
que la música de las victrolas
u ortofónicas (oh, manes de
Rolo y Laseriel!) echan sus vo-
ces potentes por toda la cua-
dra? ¿Quién ignora que exis-
ten cabezudos que expanden
esas músicas de noche, horas
prohibidas para tocarlas, cual-
quiera que sea el tono, según
vimos antes? ¿Quién no ha
visto al carro propagandista
de un jabón llamar a los pai-
sanos ofreciéndoles 2 y 3 ja-
bones gratis si le exhiben un

tubo de pasta dental de la
propia firma, y no rodando
sino que sito y quieto y oje-
rizo en cualquier esquina domi-
nando ocho cuadras a la re-
donda. Y así tres cuartos de
hora. La policía no conoce las
leyes y los reglamentos sino
que sólo en parte. Porque res-
pecto a las horas de la noche
se las han arreglado para po-
nerles sordinas y hasta para
callarlas a muchas radiolas
(al César loque es del César).
Mientra aquí a la Tercera Es-
tación, que cumple eso. Pero
esa misma Policía es capaz de
ir con su tubito de pasta den-
trífrica, es capaz —lo es— de
entrar en cualquier bar o café
escandalosamente infractor de
aquellas disposiciones legales,
permanecer y salir de allí tan
frescos como el dueño del bar.
La Policía no sabe, no está ins-
truida ni conoce los regla-
mentos.

Cierta vez presencie la si-
guiente escenita: en la puer-
ta de un establecimiento cual-
quier establa el carrito de Sa-
nidad. Adentro —del café—
tres inspectores median con
cierta solemnidad el agua que
podía tener la leche. Los clien-
tes observábamos la operación
con sentimiento cívico y pa-
trío. Uno de los inspectores
dijo: Fulano, se te fue la ma-
no. Despues el dueño y dos
de los inspectores fueron más
hacia dentro del café. Ya ve-
nian, enseguida. El dueño con
la cara resplandeciente de sa-
tisfacción. Sólo dijo esto: ¡la
vida es un tango!

No me ocupo ahora de los
diagnósticos o pronósticos mé-
dicos sobre el ruido excesivo.
Es nada más y nada menos
que la gran verdad. Los ner-
vios no pueden resistir esa
tensión. Recordad aquel loco
que disparó su revólver con-
tra el aparato sonoro que le
enloquecía. ¡Ah!, si siempre
cantara Sarita Montiel no ha-
bría problemas, pues, de ella
ha dicho Raquel Meller que
canta para los serenos. "Si se
comprobara la rotura del cuño
del Ministerio de Goberna-
ción", dice la mentada Reso-
lución 398. Pero, ¿qué, señor?
Si no hay sello que valga, si
todas las radiolas de La Ha-
bana suben y bajan como la
ola marina. ¡O hablaba usted
de algún sello postal?

¡Qué lindas son las leyes!
Leyéndolas, uno se cree, se
siente en un mundo superior.
Cómo es el hombre de inteli-
gente, disciplinado y buena
persona, cómo ha podido nor-
mar su vida, la de la sociedad
en que convive, con tan rec-
tas y perfectamente planea-
das ideas. No, no es ironía,
lectores. Os juro que me ocu-
riro en la mañana de este día
en que escribo. Leía absorto
el fundamento y la filosofía
de la pena ("Derecho Penal

Argentino", Sebastián Soler,
tomo segundo, páginas 371 a
392). Pero una tal radiola —
hermosísima— batía el cobre
en toda la cuadra. ¡Qué pena!
me dolía la cabeza, cosa ra-
risima, pues si algo tiene, la
pobre, es que no me duele nun-
ca (son otras cosas las que
duelen, como las voy desgra-
nando aquí). Salí a la calle y
observé las casas del frente,
busqué la radiola. Tuve que
caminar: estaba en el café de
la esquina, mientras mi lectura
se hacia a más de media
cuadra. Oyéme, por favor, pon
eso un poco más bajo, no pue-
do estudiar y hasta me duele
la cabeza. Sí, doctor, ensegui-
do. Y así fue. Gracias. Dos pa-
rroquianos se hallaban senta-
dos a un metro de la victrola
de la cuadra, y encantados de
la vida. Por cierto que ni be-
bido ni de jolgorio; traba-
ban, hacían números sobre un
papel extendido en su mesa.
He ahí la modernidad, hay que
aprender. En el gran film
"Carnaval napolitano" (la voz
de Gigli) hay un viejo que
grita: ¡hagan ruido, que no
puedo dormir!

Sería llegado el momento de
decir, esto es, escribir dos pa-
labras graves sobre la grave-
dad que he tratado de pre-
sentarlos a brocha gorda. Pe-
ro, ¿se oiría en el escándalo
de las victrolas, altoparlantes
y bocinas la voz del articulista?
Dudo, incluso, que alguien
ponga cara sería si esto lee.
Hoy se acostumbra reírse de
todo lo grave y serio. Hay un
impulso al desnudo de la cul-
tura; creo que es un felino, o
un toro o un lobo.

Yo me consuelo y resigno
pensando que se trata de una
nueva generación, quizás de-
masiado musical, pero con la
cabeza dura. Eso sí.